cho reo de sacrilegios y herejías, porque, cansado de mentiras y de medianías, he buscado hombres entre la muchedumbre de eunucos.

¡Por eso me han condenado!

LOS MORALISTAS FRANCESES

M. Prévost-Paradol.

El lector debe imaginarse que contempla un salón severamente decorado con bronce y mármol, en el cual gruesa y mullida alfombra apaga el ruido de los pasos, y tupidos cortinajes impiden que penetre más luz que una claridad tenue y suave; éste salón es exagonal, y en cada una de las paredes que lo rodean se ve un medallón pintado al óleo y encerrado en rica moldura. La mano que ha hecho tales pinturas es ágil y experta, delicada en ciertos detalles, pero algo dura y pretenciosa en otros. La factura, considerada bajo el punto de vista del arte puro, no me deja satisfecho, porque el colorido ofrece no sé qué pobreza de tonos en las luces, que hace me-

gusten más las tintas de las sombras de aquellos cuadros, tintas que son más suaves y están más sentidas. Las líneas de las figuras son regulares, francas y un tanto uniformes, sin que detalle alguno rompa tal uniformidad. En suma, aquellos medallones son una obra en la cual se nota mucho talento y ninguna falta.

El salón que hemos descrito es sencillamente la obra que vamos á examinar: *Los moralistas franceses*, por M. Prévost-Paradol. Los medallones ostentan en letras de oro, incrustadas en las negras molduras, los nombres de Montaigne, La Boétie, Pascal, La Rochefoucauld, La Bruyère y Vauvenargues.

Voy de retrato en retrato. Cada uno de los rostros que en ellos veo despierta en mi imaginación un mundo de reflexiones; me ocurre pensar que estoy mirando la sensatez francesa, la sensatez oficial y reconocida en debida forma, y un escalofrío hiela mi sangre á la idea de tanta locura.

¿Cuál será el séptimo moralista, el que venga á juzgar á estos y á convencerlos de nulidad? Los seis están delante de mis ojos, apasionados ó indiferentes, ávidos de conocer las miserias de Dios y de los hombres, ó agitados, á su

vez, por los horrores de la vida; ellos, que han visto pasar á cuantos vivimos en la existencia común, y nos han lanzado palabras de amistad ó de desdén, á pesar de su gran talento no han conseguido más que mostrarse dignos hermanos nuestros. Sus obras no son más que brillantes teorías; trozos de literatura escritos en bellísimo estilo que encanta á los literatos; pero la verdad no ha adelantado un paso. La humanidad de estos hombres excepcionales parece que se rebela contra su propia ignorancia; los demás forman coro durante un momento en torno de aquellos para ver los arrebatos que á semejantes locos produce el no comprender; más luego, todo se apacigua, nadie ha entendido una palabra, y sin embargo, no faltará otro hombre que mañana arriesgue su existencia en la plaza pública y sirva de espectáculo al vulgo.

La lectura de *Los moralistas franceses* me ha producido el malestar que generalmente experimentamos viendo á un funámbulo que á cada paso vacila; apartamos de él la vista estremecidos, porque á cada instante tememos verle caer y matarse, y pensamos que la policía debiera prohibir aquellos saltos peligrosos

que á nada conducen, sobre todo al hombre que puede estar tranquilamente sentado junto á su hogar. Y sin embargo, el espectáculo nos fascina, y ejerciendo sobre nosotros una extraña atracción, hace que nuestras miradas se dirijan constantemente hacia aquel hombre que se halla en peligro de muerte. En el sacrificio que hace una criatura de su propia vida, siempre hay algo de grandeza. Cuando un filósofo, un moralista, pierde pié y se ahoga en las aguas que él mismo ha agitado imprudentemente, el vulgo corre presuroso al lugar del siniestro y escucha con extraña voluptuosidad sus gritos de desesperación, admirándole y compadeciéndole; siente como él la locura de la muerte, y medio inclinado sobre el abismo contempla con salvaje estremecimiento las últimas burbujas de aire que aparecen en la superficie del agua.

¡Pobres criaturas las que sufren por la humanidad! No todos nuestros moralistas han tenido semejante temperamento; han ido más ó menos adelante en su desesperación, pero todos, igualmente, han marchado á través de la duda para llegar á la ceguedad y á la impotencia. Triste es, en verdad, ver á esos

hombres fuertes é inteligentes al principio, llegar insensibles ó ensangrentados al fin de su carrera. Cuando alguien se detiene á contemplar los retratos de seis de ellos y en los rostros de todos lee idéntica historia de dudas y sufrimientos, siente el deseo de postrarse de hinojos y pedirles perdón con voz ahogada por los sollozos.

¡Ah! La subiduría conduce al «qué sé yo» de Montaigne, al «embrutecimiento» de Pascal, al «egoismo» de La Rochefoucauld; tres hombres que aseguran haber estudiado la humana naturaleza y afirman que en ella sólo han hallado nulidad ó malas pasiones. Tales seres, sin embargo, son los primeros entre nosotros; su genio nos domina y debemos creerlos en nombre de la inteligencia, pues aunque la nuestra sacuda el yugo de su poderoso talento, no podemos impedir que las terribles hipótesis que presentan como verdades, nos preocupen hondamente. ¿Qué efecto, pues, produciría sus obras en el ánimo de los lectores?

Yo creo que un efecto doble. En primer lugar los temperamentos inquietos sentirían el vértigo que todos experimentamos cada vez que se nos prueban nuestras miserias y nues-

tras locuras; durante una hora prescindimos del orgullo, de ese orgullo que es lo único que nos ayuda á vivir; confesamos nuestra desnudez, y nos hallamos tan solos y desesperados, que sentimos las lágrimas agolparse á nuestros ojos. Tal es la mala impresión, la impresión que nos desanima y que convierte en peligrosa la lectura de los moralistas y de los filósofos. Estos, en el fondo, es indudable que en nada creen, pues su propia fe es casi siempre la negación de una de las facultades de la naturaleza humana. La eterna incertidumbre en que ellos viven sólo conduce á conturbar las almas sencillas; mas al lado del abatimiento que nos ocasiona ver esas grandes inteligencias reunidas por lo desconocido, hay un sentimiento sano y vivificador y una satisfacción íntima: el primero nace en vista de la lucha que, desde el principio del mundo ha entablado el hombre con la verdad; la segunda proviene de vernos libres y animosos, combatiendo siempre en la brecha alentados por la esperanza de una victoria futura. Decimos que aquellos hombres fueron vencidos, pero añadimos que pelearon como valientes y consiguieron arrancar algunos girones al velo que

oculta la verdad; su lucha nos enorgullece y su derrota también, porque es como la de Jacob aterrado por el ángel, y en el fondo de nuestro corazón se arraiga la creencia de que el hombre es un adversario temible que acaso un día pueda alcanzar la victoria. El orgullo renace á tal idea, y el hombre se siente consolado.

Leamos, pues, esos moralistas que nos acarician al mismo tiempo que desgarran nuestro corazón. Ellos nos dan con una mano la duda y con la otra el valor; se levantan sobre el vulgo para atestiguar que el pensamiento de la humanidad no descansa; nos conmueven haciéndonos asistir al grandioso espectáculo de sus combates, y su palabra, que halla eco en lo más recóndito de nuestras entrañas, nos sacude y saca del sueño de la materia haciéndonos sentir un frío estremecimiento de terror y abriéndonos campo para que concibamos locas esperanzas de luz y de verdad. Ellos, en una palabra, nos alientan ante Dios.

Tengo delante los seis medallones de M. Prévost-Paradol, y deteniéndome en cada uno, comunico francamente á mis lectores las impresiones que siento.

El primer retrato reproduce la sosegada fisonomía de Montaigne, con su mirada dulce y bondadosa, su sonrisa grave y un tanto irónica y la frente ancha y despejada, cuyo conjunto denota indiferencia y curiosidad á un tiempo mismo. Este retrato es el de un antiguo amigo; con él he pasado dos inviernos teniendo su libro por toda biblioteca, y es difícil que alguien aprecie el encanto que tiene estudiar dos años consecutivos el producto de una sola inteligencia. Montaigne era artista por amor al arte y moralista por amor á la moral; era un simple curioso que andaba libremente por los campos de la observación y de la filosofía, sin la intención de persuadir á nadie con los resultados de sus investigaciones. El mencionado moralista, según las oportunas frases de M. Prévost-Paradol «quería saber — si cabía en lo posible — qué era el hombre, pero se hallaba dispuesto á conformarse si no lo averiguaba y aun á encontrar en la propia incertidumbre cierto sentimiento de independencia y de completo desprendimiento». Sus conclusiones filosóficas ponen de relieve al hombre probo que desea vivir en paz consigo mismo. Montaigne reconoció la nulidad humana, y no

se disgustó por ello; reconoció también la antipatía que existe entre nuestra razón y la verdad, y trató, sin embargo, de conciliar lo divino con lo humano. «Convenir—dice M. Prévost-Paradol — en nuestra incertidumbre y reconocer las causas de ella, es, según Montaigne, el último término de nuestra razón; conformarnos y vivir en la moderación que esta incertidumbre aconseja, es el último esfuerzo de la sensatez.»

Montaigne, como puede verse, no era hombre que tomara resoluciones extremas; ello era cuestión de temperamento. El vivía cómodamente en la duda; en ella se detenía con complacencia; en ella hallaba cierta salud moral, y en ella, en fin, hacía con gusto verdaderos milagros de equilibrio. El abismo sobre el cual se hallaba suspendido, jamás arrancó un grito de espanto á su corazón, pues aquel hombre, merced á las condiciones de su alma, creyendo ó negando hubiera sufrido, y su bienestar consistía en vivir oscilando eternamente entre dos puntos opuestos. La causa que determinó el bienestar del autor de los *Ensayos* ocasionó la muerte al de *Pensamientos*, como veremos al examinar los efectos de la duda en el alma

de Pascal. No puedo ni trato de hacer aquí un estudio del genio de Montaigne, estudio que, por otra parte, hoy se reproduce, quizá por la centésima vez, en la obra de M. Prévost-Paradol, el cual lo ha llevado á cabo con gran facilidad de estilo y de ideas; mi deseo se reduce á manifestar, considerando siempre la cuestión desde el punto de vista en que me he colocado al empezar este artículo, cual es, en mi opinión, la influencia que los *Ensayos*, pueden tener en el ánimo de los lectores. Esta influencia es débil y fuerte, buena y mala. Cualquiera puede leer los *Ensayos* sin experimentar grandes impresiones, porque la calma, la tranquilidad y la indiferencia suprema de que el autor da muestra, no alteran el sosiego del alma, como pudiera alterarlo la exposición de atrevidas opiniones. Esto constituye el principal encanto de Montaigne; el lector se va poco á poco familiarizando con este moralista, y le solicita, porque sabe que su conversación nada tiene de amarga, y si el lenguaje es audaz, el tono en que lo dice todo es dulce, como si no padeciera de los propios males objeto de su discurso. La excelente salud moral del mencionado filósofo, hace que éste sea para el lector un amigo de fácil y agradable trato; pero aquél no tarda mucho en comprender que, para sus creencias, la cólera y la desesperación valdrían más que el buen humor excéptico, y que la duda profunda y sonriente. Sin embargo, el que lee se va poco á poco entregando á aquel amigo, cuya alma parece tan bien equilibrada, porque tiene el rigor que le da la propia tranquilidad y persuade precisamente porque no predica; además, Montaigne aparece en sus teorías tan dichoso no creyendo en nada, que quien le lee acaba por buscar á su vez la dicha de la certeza en la incertidumbre. Recuerdo á este propósito que yo, al cabo de algunos meses de leerlo, le pertenecía por completo, y me había entregado sin darme cuenta, justamente porque nada había venido á advertirme de que él tomaba posesión de mí. Un solo grito que se hubiera escapado de sus labios quizá me habría hecho retroceder.

Acuso en alta voz á Montaigne de robar los corazones, y veo en él el escéptico más temible, precisamente porque es el más sano y más alegre; este filósofo empleó toda la sabiduría que el cielo quiso concederle en hacer

de la duda un manjar sano y de fácil digestión.

Hablar de La Boétie, no es dejar de hablar de Montaigne. El primero tiene el perfil más arrogante, más enérgico; en su mirada se ve el ardor de la juventud, y en su sonrisa creencias más firmes. Los dos amigos duermen hoy, uno al lado del otro, en la memoria de los hombres; su amistad fué tan profunda que, á entrambos les sirvió de sudario y ha igualado su talla en la losa del sepulcro. ¿Cuál es la obra maestra de La Boétie? ¿Las páginas que escribió sobre la servidumbre ó la amistad de que Montaigne le juzgó digno? Indudablemente perpetúa más su memoria el capítulo en que el autor de *Ensayos* habla de él, que el que escribió él mismo contra la tiranía. La Boétie, á mi entender, no era moralista; más bien, si se quiere, fué libelista y poeta. Sin embargo, creo que nadie se atreva á reprobar á M. Prévost-Paradol el que éste le haya colocado en su libro al lado de Montaigne, porque es agradable ver siempre juntos á dos hombres que ha unido hasta la simpatía de sus inteligencias. Por otra parte, en ello vamos ganando el ver un estudio digno de atención, ó más

bien la crítica de los *Discursos sobre la servidumbre voluntaria*. M. Prévost-Paradol, ensanchando el horizonte de La Boétie, llega á dar esta excelente definición: «Mantener al hombre alejado de la libertad que puede disfrutar ó privarlo de la que ha gozado, son los signos constantes de la servidumbre».

Siento no poder explicar más extensamente las ideas del autor que al tocar este punto se halla en su verdadero terreno. La Boétie es indudable que no veía el asunto bajo el mismo aspecto; su obra es el grito de indignación que un hombre probo no es dueño de contener á la vista de la ruindad de los cortesanos y de la cruel vanidad del déspota; un día ha visto claro, y se ha llenado de asombro al contemplar algunos millones de hombres inclinándose al capricho de uno solo. Los *Discursos sobre la servidumbre voluntaria* son simplemente la rebelión del buen sentido y de la dignidad humana.

El medallón siguiente representa á Pascal. Bajo la tranquila mirada de éste, se advierte la lucha constante en que la victoria se alcanza á costa de los mayores sufrimientos. En aquella alma, desgarrada la creencia, fué hija

de la duda. Montaigne pudo mantenerse tranquilo en pleno excepticismo; Pascal se entregó á la fe que le mató, porque también la incredulidad le amenazaba de muerte. No conozco figura más grande ni más dolorosa. Aquel hombre, excesivamente nervioso, creía con todo el ardor de su temperamento, y desgarrando su propio ser seguía siempre avanzando por el abismo de sus pensamientos. Proclamó la nulidad de la criatura, y luego, espantado de las sombras en que él mismo se había envuelto, pedía á voces una claridad que se negaba á sus ojos, y entonces nos contó, entre sollozos, el terrible drama de la razón luchando con la fe. Temo menos para mi alma la lectura de los *Pensamientos* que la de los *Ensayos*, porque en aquélla oigo los gritos de la desesperación y jamás me entrego al hombre que no es dueño de sí mismo; pues si bien éste me inspira lástima no puedo fraternizar con él. Semejante lectura me podrá conmover hasta hacerme derramar lágrimas, pero no me convencerá nunca. Temblaré al ver el abismo que una palabra abre bajo mis plantas, pero me echaré hacia atrás y nunca consentiré en arrojarme á ojos cerrados en el

precipicio. Quisiera decir en dos palabras, á riesgo de pasar por un pobre de espíritu, el efecto que una página de Pascal ha producido siempre en mí. Mi incredulidad me ha espantado, y más aún sus creencias, que me han hecho sudar frío al demostrarme todo el horror de mis dudas; y sin embargo, yo no hubiera cambiado mis estremecimientos por los estremicientos de su fe. Pascal me prueba mi propia miseria, sin hácer que me resuelva á compartir con él la suya, y continuo siendo lo que siempre he sido, aunque conturbado y con el alma desgarrada. El moralista representa el papel de que ya he hablado, del hombre en lucha con Dios, y ha ofrecido al mundo el espectáculo de un espíritu grande, que en medio de sus errores, ha sabido hallar sublimes expresiones de la verdad. Pascal cuenta millares de admiradores, mas no puedo creer que tenga discípulos.

La Rochefoucauld tiene el aspecto frío é irónico; su fisonomía no es simpática; en él se ve al enemigo declarado, al observador perseverante que estudia al hombre para cogerlo en falta. Es un gran egoista, no un egoista bonachón y sencillo como Montaigne, sino un

ser que parece consolarse de sus propios sufrimientos analizando los ajenos. Indudablemente él también derramó lágrimas; pero nunca llegó á sentir la gran desesperación que Pascal, y no se le puede compadecer porque sus penas no fueron más qne las mezquinas decepciones de un ambicioso que ve defraudadas sus esperanzas. La Rochefoucauld era un hombre de mundo que habiendo perdido poco á poco las ilusiones en materia de amor y de política, se mostraba taciturno y descontento de todo; cuando la enfermedad le obligó á vivir retirado se convirtió decididamente en misántropo, y entonces, tratando de buscar cual fuera el móvil de las acciones humanas, no vaciló en atribuirlas todas al amor propio. Su moral, pues, es la del egoismo y el orgullo. M. Prévost-Paradol, se afana, con razón, en demostrar dónde está el mal de este sistema. Es innegable que el interés nos guía en todo, pero hay puntos extremos en los cuales el interés toma los nombres de abnegación y sacrificio; el ser se eleva por encima de sí mismo, y satisface sus aspiraciones á lo bueno y lo bello realizando acciones nobles desligadas de toda preocupación mezquina. La Rochefoucauld

alcanza la victoria confundiendo incesantemente la virtud y el egoismo, el interés y el deber; se complace en no mostrar de la verdad más que un sólo lado, y como éste es innegable, el autor, á fuerza de arte, nos obliga á aceptar como certeza completa la mitad de ella ó la tercera parte solamente. Toda la desconfianza sería poca con este moralista que es tan reservado como todas las personas taciturnas, pero afortunadamente carece del encanto que atrae y de la pasión que conmueve. Fué un gran talento que, negando la franqueza de los afectos humanos, se privó de todos ellos.

El quinto medallón es suave y delicado. M. Prévost-Paradol ha comprendido que es el de un escritor más bien que el de un pensador, y el estudio que ha hecho de la Bruyère es literario ante todo. No quiero decir que los trabajos de este escritor carezcan de observación amplia y profunda, sino que valen, sobre todo, por el estilo, la forma y manera de presentarlos. La Bruyère, según su propia expresión, «no trata más que de hacer razonable al hombre, pero siguiendo á este fin vías comunes y sencillas». Por mi parte encuentro que esta

frase es más atrevida que todos los azoramientos de Pascal, que declaraba que la gracia hería donde quería. Inútil sería el que yo insistiera en demostrar aquí el innegable talento del autor de *Los Caracteres*, porque de todo el mundo es conocido el arte que empleaba para dramatizar aun la más pequeña de sus observaciones; más hay un punto sobre el cual me parece que M. Prévost-Paradol insiste demasiado. Este escritor afirma que La Bruyère no era un reformador, en lo cual convengo; añade que estaba demasiado lejos de la Revolución para poder presentirla, y harto enclavado en el lugar que ocupaba en la jerarquía social para creer que fuera posible reformarla de arriba á abajo. Todo esto es cierto, mas yo hubiera querido ver lo que M. Prévost-Paradol decía; La Bruyére, por la calurosa indignación que le producía ver las injusticias sociales, y por su clarividencia de los males de la humanidad, pertenecía ya al siglo XVIII. Es indudable que el referido escritor no tuvo la pretensión de preparar el 93, pero, á su pesar, casi comenzó con Saint-Simon—éste dándose menos cuenta todavía—el gran movimiento de reacción que derribó la antigua monarquía

ya carcomida por sus propios vicios. La Bruyère estudió las costumbres de la corte y escribió una sátira que rebosaba audacia y amargura; habló de aquella corte como de un país lejano, que no era completamente bárbaro, pero en el cual la embriaguez, el desorden, el servilismo incondicional y la falsa devoción eran los menores defectos; en aquella sátira su autor se burló hasta del mismo rey, hasta del ídolo ante el cual, en la capilla de Versalles, se quemaba el incienso destinado á Dios.

La Bruyère satiriza á los hombres, pero sin agitar su espíritu ni darles lecciones de fe ó de excepticismo; trata verdaderamente de hacernos mejores, y procura realizar su tarea lo más agradablemente que puede hacerlo. La lectura de los *Caracteres* hace reflexionar, provoca la sonrisa; el lector admira las sutilezas y los profundos pensamientos del escritor, y gusta de él porque no sigue un sistema determinado, pues se contenta con enseñar la virtud pintando nuestros yerros.

El último retrato es el de Vauvenargues. Su cara es arrogante y tiene la cabeza algo inclinada, como bajo el peso de una desgracia eterna. Viéndolo, se comprende que aquel

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hombre, como La Rochefoucauld, ha sido víctima de las miserias de la ambición; pero su dolor es más simpático, porque no se ha vengado de los hombres desgarrándoles; por el contrario, ha reclamado los derechos de la libertad humana contra el fatalismo de Pascal, y ha resumido en parte su obra, y ha narrado su vida en el siguiente título que dió á una parte de sus escritos: «Amar las pasiones nobles». Vauvenargues, comparado con los otros cinco moralistas cuyo estudio ha hecho M. Prévost-Paradol, es una figura elegíaca. Hay algo doloroso en aquel hombre que «nos cuenta su ambición, que sufre, y al mismo tiempo los esfuerzos que hace y que son tan admirables como infructuosos para desdeñar resueltamente los bienes que hubiera deseado conquistar». El mismo ha escrito, no recuerdo en cual de sus obras: «Si la vida no tuviera fin, ¿quién desesperaría de la fortuna? La muerte pone el colmo á la adversidad». Y la suya llegó al colmo, pues Vauvenargues murió joven y sin haber tenido tiempo para hacer la fortuna que fué el tormento de toda su vida. El trabajo de este hombre fué personal y corto, pues luchó más contra el destino que contra la verdad; hoy leemos sus obras sin que el alma sufra, y dedicamos un recuerdo de afectuosa simpatía á aquella triste y noble existencia.

Ya hemos visto á los seis, cada uno de los cuales tiene distinta fisonomía, idénticas zozobras, y ha sido herido de diferente modo en la lucha que todos han sostenido. Todos han querido leer en el sombrío libro de la vida y saber la última palabra del destino del hombre; pero sus investigaciones han sido vanas, pues sólo han obtenido como resultado la admiración de la posteridad. En vano agigantaron sus ideas, que nunca pudieron alcanzar á la verdad. Tales hombres son gigantes de la inteligencia, ante los cuales nos inclinamos, pero no son profetas, y sus palabras son casi siempre vanas y mentirosas. Lo repito; ¿qué moralista vendrá á juzgar á éstos y á descubrir la palabra del enigma divino?

No sé si he conseguido dar á mis lectores idea del libro de M. Prévost-Paradol. La intención de este escritor, al presentar reunidos los seis moralistas franceses, ha sido sin duda recopilar en algunas páginas el fruto de la observación y de la ciencia del hombre en Francia durante dos siglos; así he creído que

nada mejor podía yo hacer que presentar sucesivamente las grandes figuras que él ha evocado. Por otra parte, no me parece que el mencionado escritor haya tenido la pretensión de añadir al dibujo de estas grandes figuras rasgo alguno que la historia haya olvidado, pues se ha reducido á servirse de los mismos modelos y á copiarlos delicadamente con luces y sombras nuevas, de suerte que aquellos rostros tan conocidos, tienen hoy en sus medallones aspecto tal de juventud y de frescura, que excitan la curiosidad y obligan á fijar la atención. Cualquiera se estaría contemplándolos, pues le parece que ve amigos á quienes no conocía; y luego, cuando entabla relaciones con ellos, se queda encantado de la manera imprevista como la presentación ha tenido lugar.

M. Prévost-Paradol ha puesto, á continuación de los seis estudios que acabo de examinar, algunas reflexiones sobre diversos asuntos. No puedo hacer más que citar los epígrafes de estos capítulos que recuerdan un tanto algunos otros de los *Ensayos: De la cátedra á propósito de La Bruyère*, *De la ambición*, *De la tristeza*, *De la enfermedad* y *De la muerte*.

En esto, sobre todo, es donde más vibra la nota personal del autor. Lo que me parece que caracteriza más su estilo, es el arte que emplea para detallar sus pensamientos por medio de largas frases, un tanto redondas y monótonas, pero admirablemente eslabonadas. Usa rara vez de imágenes que me parece se avienen mal con el razonamiento puro y tiene vastos horizontes, pues en cada página se encuentra algo que descubre nuevas tierras. Viajando en compañía de la sabia inteligencia del mencionado escritor, se siente una especie de encanto grave y austero que hace se le perdone su lenguaje pedagógico, en gracia á la elevación de sus ideas y á la libertad de sus juicios.